



Revista
NÓMADE

Minificciones de Amor, locura y muerte



Karen Sofía Piscal Viteri
Anderson Yesi Urbano Madroñero



MINIFICIONES DE AMOR, LOCURA Y MUERTE

KAREN SOFIA PISCAL VITERI¹
viterisofia95@gmail.com
ANDERSON YESI URBANO MADROÑERO²
ayurbano@udenar.edu.co

ANGIE

Desde que llegué al psiquiátrico las noches han sido la peor parte. Incluso con los medicamentos siguen siendo largas, pesadas, como si el tiempo se enredara en las cortinas grises y los relojes se olvidarán de avanzar. La noche del 20 de octubre no fue diferente. Después de mirar fijamente la cama vacía de al lado, cerré los ojos con el corazón apretado como cada vez que los recuerdos me acechaban. Estaba tan perdida en los laberintos de mi cabeza que no me molesté ni siquiera en abrir los ojos cuando sentí la puerta abriéndose. Sin embargo, a la mañana siguiente encontré los tendidos de la cama vacía desordenados como si alguien hubiese dormido ahí. Por un momento me sentí alegre, pensé que la psiquiatra había cambiado de opinión y me había asignado una compañera. Al salir del cuarto, la vi en el pasillo. Era rubia, delgada y con unos ojos enormes que parecían hechos de fuego.

Me sonrió amablemente y dijo:

-Hola, me llamo Angie. Soy tu compañera de cuarto.

A partir de ese momento, Angie y yo nos volvimos inseparables. Salíamos al jardín juntas, en el comedor siempre nos sentábamos una al lado de la otra y por primera vez desde que llegué a ese lugar sentí que todo podía mejorar.

Una tarde, en la sala, le pregunté a una enfermera si Angie estaba autorizada a ir al salón de pintura conmigo. Ella se detuvo unos segundos, como si no hubiera escuchado bien. Luego retomó su postura, asintiendo con una sonrisa forzada, pero evitando mirarme a los ojos.

-Sí, puedes ir al salón con tu... amiga-.

-Dijo sin mencionar su nombre.

No entendí porque titubeó. Angie estaba justo a mi lado, sentada en el sillón azul, jugando con un cojín. La miré, pero parecía que ella no había notado nada extraño. Pero algo se agitó dentro de mí como si las entrañas se me revolvieran lentamente.

¿Por qué la enfermera actuó como si no conociera a Angie?

Esa noche no pude dejar de pensar en lo que sucedió con la enfermera. ¿Por qué había dudado al mencionar a Angie? ¿Por qué parecía no conocerla? La inquietud creció en mi pecho mientras la oscuridad me envolvía. Miré hacia la cama de mi compañera y la encontré vacía. Pensé por un momento que tal vez Angie estaba con las enfermeras y sin darle más importancia cerré los ojos para dormir. A la mañana siguiente nuevamente la cama estaba vacía y perfectamente tendida, sin atender a mis preocupaciones decidí creer que Angie ya estaba en la sala de terapia. Al llegar ahí parecía que todo el mundo estaba más callado y ausente de lo normal y la enfermera que me había tratado con

¹ Estudiante de Licenciatura en Español e Inglés, Universidad de Nariño.

² Licenciado en Filosofía y Letras, estudiante Maestría en Pedagogía y Cultura, Universidad de Nariño.



amabilidad en las semanas anteriores, me miró sin sonreír, casi con extrañeza. Al sentarme noté que Angie tampoco se encontraba ahí y entonces me invadió el miedo. ¿Y si movieron a Angie a otra unidad? ¿Si le dieron el alta y no pudo despedirse de mí? Me aterrorizaba la idea de volver a estar sola así que me decidí a hablarle a mi psiquiatra quien también atendía a Angie.

- ¿Dónde está Angie? - Pregunté con miedo a la respuesta que me daría.

La psiquiatra me miró y noté como una sombra de miedo y preocupación cruzó por su rostro.

- ¿Quién? - Preguntó con calma pero distante.

- Mi compañera... Angie. repliqué casi molesta.

Ella se tomó un momento de silencio antes de responderme.

- No... no hay nadie llamado Angie en esta unidad ¿estás segura de lo que dices?

Sentí que el corazón se me detuvo y salí corriendo del consultorio. Al llegar a mi cuarto me encontré nuevamente con la cama de Angie perfectamente tendida y en el armario no encontré ni un rastro de ella o sus cosas parecía que se había marchado y ni siquiera el olor de su perfume se había quedado conmigo. Sentí un nudo en la garganta y antes de poder reaccionar, la enfermera apareció detrás de mí.

-Es hora de descansar- dijo en un tono suave, casi vacío.

Alguien más me tomó del brazo y antes de que pudiera protestar sentí el frío de la aguja en mi piel. Un ardor me recorrió el brazo y todo se desvaneció. Los enfermeros estaban a mi alrededor y pude escuchar a lo lejos que uno de ellos me decía que todo estaría bien.

En un último suspiro recordé a Angie, su risa, su cara, su voz. La busqué en mi mente, intentando aferrarme a su imagen, pero se desvaneció como el aire entre mis dedos.

LEPSIS

Nunca he sentido mi cuerpo como algo mío, sino más bien como una prisión blanda y tibia. A veces tengo la impresión de haber estado dormido por años; otras, siento que he vivido millones de vidas aquí adentro, sin moverme, mientras el mundo afuera sigue su curso sin mí, indiferente.

Una noche en la que me sentía más ajeno de lo normal, mientras la lluvia golpeaba el vidrio de la ventana con una insistencia casi inquietante. Me levanté de la cama con esa sensación extraña en los huesos, como si ya no encajaran del todo. Luego vino el desvanecimiento. Mi siguiente recuerdo es el techo de la habitación... y luego una oscuridad ensordecedora.

Cuando volví en mí, me encontré en un vacío aterrador. Podía oír, pensar... pero no moverme. Las voces llegaban a mí como a través del agua, distorsionadas, lejanas. Logré distinguir unas palabras.

- No sufre. Está en paz.

¿Quién no sufre? ¿Quién está en paz?



Después de eso perdí toda noción del tiempo. A veces sentía la presencia de otras personas a mi alrededor. Otras, el silencio era tan profundo que podía escuchar los latidos lentos y pesados de mi corazón, como si fueran los únicos sonidos del mundo.

Hoy hay algo distinto. Un olor extraño llena el aire, es denso, terroso, pero no sé si viene del sueño o de esos pensamientos que aparecen sin origen ni sentido.

Me parece sentir una presión en el pecho. No es dolor, solo peso. Como si el aire se hubiera vuelto denso, pesado y se apretara contra mí. Intento mover un dedo. Solo uno. Pero nada.

Intento abrir los ojos, pero están abiertos, siempre lo han estado, lo sé.

Y entonces llega. Un pensamiento nítido. Una chispa que se enciende en medio de la niebla.

No es un sueño.

Pero no sé si lo acabó de pensar o si lo llevo repitiendo por años.

El pensamiento se va. La chispa se apaga y lo escucho: un golpe seco, amortiguado y lejano. Como si alguien arrojara tierra sobre una tapa madera.

AMOR

Siempre fue un hombre callado. No del tipo que guarda secretos, sino de los que pueden disfrutar del silencio sin sentirse incómodos. Cuando hablaba su voz era tan fuerte como un relámpago al mismo tiempo que suave y calmada.

Amaba sus manos, grandes, firmes, con los nudillos marcados como si se hubiera visto obligado a defender algo muchas veces, durante mucho tiempo. Aunque tenían la fuerza suficiente para destruirme, siempre acariciaba mi rostro con una delicadeza que todavía me hace cerrar los ojos cada vez que lo recuerdo.

Teníamos tiempos de paz, no perfectos, ni largos pero muy nuestros. Teníamos discusiones, claro. Todas las parejas las tienen. Pero siempre volvíamos el uno al otro como la marea vuelve a la orilla: arrastrando restos, pero sabiendo que es su destino.

Después cambió. Ya no comía como antes, no reía como antes. Cuando llegaba la mañana él seguía en mi cama, pero se sentía tan fría.

Me pidió que habláramos. Dijo que necesitaba espacio, aire fresco, tiempo. Dijo que las cosas no eran igual que antes. Que tal vez debía irse.

Lo escuché. Del inicio al final. Cada palabra.

No temblé. No lloré. No supliqué.

Solo fui al cajón del estudio.

El mismo cajón donde guardaba los boletos de cine, las flores secas de la primera cita, las fotos...



Cuando volví él seguía sentado como esperando una sentencia.

-Las cosas no tiene porqué terminar así. - me dijo.

Pero ya estaba hecho. No sé si lo hice antes o después de esas palabras.

Ahora está en el suelo.

Respira con dificultad, sus ojos de ámbar siguen abiertos, pero ya no me mira. Me pregunto si piensa en mí. En nosotros. Todos estos años. En todo lo que tuvo que doler para que llegáramos hasta aquí.

Sigo de pie.

Lo observo.

El amor se fue hace tiempo, pero el cuerpo se quedará conmigo.

VEINTE MINUTOS

Hoy fue un buen día. Me levanté antes que la alarma sonara, antes del ruido del mundo. Los rayos de sol invadían la habitación y me pareció casi un regalo.

Me puse aquella blusa rosa que tanto le gustaba a mi madre. Esa que, según ella, resalta mis ojos. No me quejé por la tarea ni por el trabajo. Le di un beso y le dije que la amaba.

- ¿Todo bien? - preguntó extrañada.

-Si, hoy me siento...calmada.

Mi padre entró por la puerta diciéndome que me veía hermosa. Le di un abrazo.

En la universidad compartí mis galletas con Dayane, le dije que era mi manera de expresarle mi cariño.

Me abrazó como si nada. Como si no fuera especial.

En clase, levanté la mano. Leí en voz alta. Me reí sin miedo. Aún así, nadie parecía notar mi presencia. En casa, me la pasé ordenando mis cosas. Le escribí un correo a mi profesora de Literatura agradeciéndole por haberme enseñado que incluso los libros rotos pueden ser bellos. Le escribí también a Alex. No pedí disculpas ni explicaciones. Solo le escribí que lo quise más de lo que se puede imaginar.

A mamá le deje una nota en su cajón.

A papá un post-it en su caja de herramientas: "Gracias por enseñarme a arreglar cosas".

Aunque hay heridas que ni el mejor destornillador puede arreglar.



Luego fui al baño. Cerré la puerta con seguro. Puse a aquella canción dedicada a mis peores días como una despedida.

Encendí una vela. Una sola.

El espejo me dio una imagen de paz. Mis ojos sin sombra. Mi rostro sin peso.

No sentía miedo ni prisa. Solo una claridad inquietante. Como si todo, incluso el aire, lo supiera.

Ahora estoy aquí. Inerte.

He perdido la noción del tiempo, pero creo que llevo unos veinte minutos colgada.

La sangre de mis venas ya no se encuentra en mí. Ha escurrido por mis muñecas y ahora mancha la blanca baldosa del baño.

No me dolió.
O tal vez sí.
Pero el dolor de antes era peor.

ORIENTE

Hoy, como todas las noches de este último mes, él llegó tarde.

No escuché la puerta ni sus pasos, pero cuando el olor de su colonia inundó la casa, supe que había llegado.

Era el mismo aroma sutil que solía quedarse en su cuello al final del día, el mismo que aún está impregnado en mis almohadas.

Yo me encontraba ya en cama cuando sentí el leve hundimiento del colchón a mi lado. Un segundo después, su voz:
-Lo arruiné, lo sé - susurró. Su voz, quebrada pero suave, me atravesó el pecho como un puñal envuelto en seda- Pero todavía te amo.

Me mantuve inmóvil. En silencio. Dispuesta a cumplir lo que me había prometido tantas veces entre lágrimas: no caer... no de nuevo.

Entonces sentí su mano, cálida como siempre, acariciar mi espalda.

Fue como si el tiempo no hubiera pasado. Como si todo el sufrimiento de estos meses se redujera a ese simple gesto.

Y me rendí.

Extrañaba tanto su tacto, su presencia, su todo.

-No te he dejado de amar, estoy dispuesto a arreglar las cosas...solo dime algo.



No pude contenerme más. Las lágrimas brotaron sin aviso, sin permiso y en cuanto sentí sus abrazos rodearme, supe que había perdido.

Caí.
Cedí.

Me refugié en el único lugar que alguna vez me sentí segura: él.

Me giré, buscando su pecho como quien busca abrigo en medio de la lluvia. Cerré los ojos y por un momento creí que todo podía volver a iniciar.

Pero entonces miré, sobre su hombro, la ventana que da al oriente.
Un tenue rayo de sol se colaba por el cristal.
Llegó el amanecer. Y el amor de mi vida se fue.
Como todos los días de este último mes.

LA ÚLTIMA CENA EN NÚREMBERG³

*En efecto, uno puede esperar una muerte particular, pero no la muerte.
Jean Paul Sartre, El Ser y la Nada.*

Dos días después del veredicto condenatorio, el oficial alemán, pulcramente vestido, recibió su última comida: una generosa rodaja de pan blanco y una taza de té. Tras el primer bocado, comprendió que la muerte por asfixia predicha por el último ocultista de La Sociedad Thule no estaba en el patíbulo, sino en morir atragantado.

LA MUERTE DE SILVA

*Luego, desencantado de la vida,
filósofo sutil,
a Leopardi leyó, y a Schopenhauer
y en un rato de spleen,
se curó para siempre con las cápsulas
de plomo de un fusil.
José Asunción Silva, Cápsulas.*

A Silva lo enterramos con la ropa que tenía puesta cuando se mató, antes de que los acreedores se la confiscaran.

LA VORÁGINE MODERNA

La última anotación hecha en el diario del pastuso Clemente Silva, dice textualmente:

«Hay muchos cadáveres.
«Ninguno corresponde a su aspecto.
«¡Los devoró el Darién!».

³ Texto finalista del “III Premio de microrrelatos “Aldea de Toya” (2025).